

#### CAPÍTULO IV.

Tres cuartos para la toma de un fuerte.

##### I.

El 24 de Marzo, al amanecer, se distinguía el asombroso trabajo de zapa en el campo francés, la artillería de brecha estaba establecida en la segunda paralela, en número de doce cañones rayados.

El camino cubierto nuevamente, emprendido desde el ramal de Santiago, llegaba á ochocientos metros del fuerte de San Javier, y la batería que el primer día de fuego apareció á dos mil metros, se avanzaba considerablemente, y establecida á la misma distancia que la segunda paralela, en un ángulo de setenta grados y cruzando con ella sus fuegos.

La batería situada en el cerro de San Juan, se había también adelantado á la plaza, á la altura de la segunda paralela, de suerte que los tres puntos cruzaban sus fuegos, convergiendo sobre uno solo del fuerte.

La batería de la garita de México, estaba aumentada y reforzada por seis piezas más, también rayadas.

La cabeza de zapa en la línea de ataque, continuaba atrevida iniciando el establecimiento de la tercera paralela.

Los ingenieros mexicanos estaban al concluir la línea cerrada, y se habían comenzado las obras interiores en las manzanas y conventos designados.

Las calles estaban cerradas con fuertes parapetos, y los balcones de los edificios con sacos á tierra.

A la primera luz de la mañana, cincuenta cañones rompieron un fuego terrible de brecha sobre el fuerte de San Javier.

El espacio se veía surcado de proyectiles y el campo se envolvía en una tormenta de humo y de fuego, los revestimientos y cortinas de los baluartes, se estremecían al constante choque de los proyectiles.

Las baterías mexicanas no cesaban de descargar sobre los soldados de la paralela, los infantes esperaban con la bayoneta armada el próximo asalto que vendría despues del fuego de brecha.

Dos horas largas de jugar las baterías, habían hecho formidables estragos, los fuegos de San Javier se debilitaban, y era que diez piezas habían sido desmontadas, y los artilleros, en su mayor parte, yacían tendidos bajo las cureñas de sus cañones.

Tres de los baluartes sufrían aun las descargas incesantes de la paralela, uno en ruinas y con la brecha casi practicada, y el otro al derrumbarse.

Los ingenieros luchaban por reponer los revestimientos, y parapetando y defendiendo entre el peligro mas eminente á los heroicos soldados del fuerte, unas veces con gaviones, otras con sacos á tierra, y algunas hasta con cadáveres.

Las fuerzas faltaban, el trabajo vencía á la naturaleza; pero no podía apagar el aliento indomable del patriotismo.

La bandera de la patria estaba sobre el baluarte hecha girones y ametrallada; parecía que el génio invisible de la heroicidad la sostenía sobre aquellos escombros ensangrentados.

## II.

Iban trascurridas tres horas de un fuego de brecha espantoso, cuando los clarines franceses tocaron *alto*.

Entonces hubo un momento de contemplación dolorosa; una tercera parte de la artillería del fuerte, estaba destruida completamente, los baluartes todos, las cortinas y trasversas, pero no completamente arrasados.

El coronel Gagern entró al fuerte con el batallón de Zapadores, que entrega al infatigable Sanchez Ochoa, y entonces comienzan los trabajos de reparación, mientras los artilleros colocan nuevas piezas en los baluartes, bajo la dirección del valiente Zeferino Rodriguez.

Los cadáveres se recogían de aquella arena ensangrentada; Octavio Rosado levantaba personalmente á sus queridos soldados de Guanajuato tendidos sin aliento al pié de su estandarte.

Pasóse el resto del día en constante trabajo, siendo molestados sitiados y sitiadores por las bombas que de tiempo en tiempo arrojaban los fuertes y paralelas.

El 3.º y 6.º de Guanajuato reemplazaron á sus compañeros en la plaza del fuerte, y esperaron arma al brazo al enemigo.

Ochenta bocas de fuego jugaron media hora en el campo de la lucha.

Daban las once de la noche, cuando de súbito se deja oír ese toquido eterno del clarín de los zuavos, que marca el paso de ataque.

El fuerte y todos sus baluartes, anuncian que el enemigo ha saltado su tercera paralela y se dirige sobre el reducto.

Los cañones del fuerte arrojan el plomo, y con él la muerte y el estermínio.

La reserva, mandada por Negrete, acude al lugar del combate en los momentos supremos del conflicto.

Los cañones franceses alzan sus miras y demuelen la parte alta de la Penitenciaría, mientras sus soldados avanzan á paso gimnástico sobre el fuerte hecho pedazos.

Negrete había llegado á tiempo, un fuego terrible de fusilería corona los baluartes, sobreponiéndose á su estallido los ecos de la artillería que jugaba á metralla sobre los franceses.

El enemigo no pudo resistir á esa catarata de hierro candente, y aquellos bravos y valientes soldados fueron puestos en fuga y dispersion, porque la muerte los seguía en medio de las sombras, y los alcanzaba al relampago de los disparos.

El segundo asalto estaba frustrado.

Oh! si entonces á aquella tropa victoriosa se le hubiera concedido el salir de sus parapetos acribillados, en pos de su enemigo, cuánta sangre se hubiera ahorrado, cuánto hubiera cambiado el destino oscuro de la patria en las amargas horas de su infortunio!

## III.

El 25 de Marzo la tercera paralela estaba establecida, y la línea de fuego á *quinientos metros* del fuerte, y de ella se prolongaba siempre amenazante el camino cubierto, parecía que la cabeza de zapa venía buscando el *glasis* hasta la *contra-escarpa* de los fosos.

En la parte de las baterías cruzadas de la falda del cerro de San Juan y en el ramal que se dirigía á la línea de redientes y Alameda, se notaba que los trabajos de zapa se extendían á derecha é izquierda, como para establecer ó aumentar su artillería.

Por la garita de México estaba todo tranquilo, solo de tiempo en tiempo lanzaba sus bombas sobre la ciudad.

A las nueve de la mañana comenzaron ya los fuegos de elevación sobre la plaza del fuerte, y se pudo entonces descubrir, que durante la noche habían situado pequeños morteros en distintas direcciones, que hacían un efecto terrible sobre los infantes y artilleros.

La primera y segunda paralela alternaban en sus proyectiles y las baterías adyacentes cruzaban sus fuegos, impidiendo la reparación de San Javier.

Así pasó todo el día sin ningún incidente notable; los soldados del campo mexicano, no descansaban en su activo trabajo de fortificación interior.

Por la noche siguió un fuego pausado de artillería por ambas partes.

Los ingenieros y artilleros se hallaban tan adelantados en sus obras, que ya el enemigo se encontraría con nuevos obstáculos en su segunda intentona.

La tercera paralela estaba concluida y artillada con doce piezas de brecha, rayadas y de grueso calibre.

La posición de esta última línea, distaba como hemos dicho, quinientos metros del fuerte de San Javier.

Las baterías del cerro de San Juan y del ramal de Santiago, que habían sido avanzadas, conservaban sus mismas posiciones á ochocientos metros del fuerte; pero habían sido reforzadas contando con doce piezas más, rayadas y de brecha.

El aumento era, pues, de veinticuatro piezas, y el total en la línea de ataque, comprendiendo las baterías de morteros de la garita de México, arrojaban un número de más de ochenta bocas de fuego.

Los pabellones mexicano y francés estaban tan cerca, que podían distinguirse en ambos campos sus águilas.

Numerosos gallardetes rojos en distintas direcciones, se elevaban sobre cada batería para marcar la colocación de fuegos cruzados y paralelas.

Sonó por fin la hora fatal, las seis daban en los relojes de la

plaza, el ronco clarín de la artillería francesa mandaba romper el fuego á las baterías.

Un momento después, la tormenta se sacudió sobre los puntos todos del fuerte de San Javier.

Horrible espectáculo!

La artillería mexicana contesta con vigor; pero en vano, no le es dado competir con su enemigo, su número de piezas es inferior, la lucha desigual, aunque gloriosa para la república.

Después de una hora de combate, las brechas comienzan á practicarse, y en los baluartes y cortinas que dan su frente á las paralelas, algunas piezas se ven ya desmontadas, los pelotones todos de artillería, están muertos al pié de sus cañones; distingúense entre aquellos cadáveres, multitud de gefes y oficiales, la sangre corre á torrentes por las esplanadas; pero nuevos artilleros han sustituido á los que acaban de morir, el valiente Platon Sanchez se bate con un heroísmo indecible, y á su lado y entre el polvo, con el rostro ennegrecido por la pólvora, se distingue al bravo ingeniero Sanchez Ochoa, que con sus oficiales lucha en vano por tapar la brecha que abre implacable la artillería enemiga; cada gavión que colocan es despedazado al instante, dejando tan solo el rastro de la sangre y los cuerpos horriblemente mutilados de los zapadores.

En lo alto de la Penitenciaría se distinguen los rifleros de Nuevo-Leon, cuyos tiros llevan la muerte á los artilleros franceses.

Las infanterías del 2.º de Guanajuato, á las órdenes de Octavio Rosado, el 6.º á las de Montesinos, y algunas compañías de Morelia, ayudan en medio del fuego á los artilleros é ingenieros.

El fuerte de Morelos, en su línea de redientes, y las baterías de la Plaza de Toros y flanco derecho del fuerte del Cármen, batan con actividad y decisión al enemigo; pero haciendo un débil efecto.

La mayor parte de la artillería francesa, está enterrada en las paralelas, y descubre solamente sus ennegrecidas bocas.

## IV.

Son las nueve de la mañana, el fuego de brecha ha cesado; pero la vista que presenta el fuerte de San Javier es espantosa! La muerte y el esterminio dejan sus sangrientas huellas por todas partes, restos humanos están aquí y allí, diseminados por el efecto de las bombas y el terrible proyectil rayado. Algunos soldados agonizantes se arrastran cerca de los fragmentos de los mástiles y cureñas despedazadas, las piezas todas de sitio, yacen esparcidas en aquella arena, y sus bocas aun exhalan el humo de sus recientes descargas.

Las brechas están perfectamente practicadas; pero el toque de asalto aun no suena; el enemigo vacila y se detiene ante el heroismo de una defensa magnífica.

A la una en punto del día, los cadáveres y heridos habian sido separados del lugar del sacrificio, y una nueva escena, el segundo acto de aquel drama sangriento iba á comenzar.

El fuerte estaba un tanto reparado, no ya en la línea de sus baluartes y cortinas, porque estaban acribilladas; pero trincheras y parapetos dentro de la Plaza del fuerte, se elevaban potentes para resistir de nuevo el choque terrible del enemigo.

La hora se acercaba, y los ingenieros, con su actividad y audacia, han levantado aquella línea al frente de los asaltantes; entre aquellos jóvenes falta el teniente Hernandez, herido sobre la plaza del fuerte.

La línea de defensa ha sido artillada con piezas de batalla por el denodado gefe Alejandro Garcia y el artillero Manuel Inclan.

Juntó á esas piezas está Platon Sanchez, con tres artilleros de reserva, porque todos los demas han muerto.

Torna otra vez á sonar el fatidico clarin de la artillería, y se repite el fuego de brecha terrible, implacable, sobre aquellos escombros.

No solo la Penitenciaría es objeto de la saña enemiga, sus proyectiles causan estragos formidables en los reductos adyacentes, sin lograr apagar sus fuegos.

Van trascurridas dos horas mortales y aquella tempestad sigue desgajándose con la misma potencia.

Las débiles piezas de batalla que el general Garcia colocó en el fuerte, han sido desmontadas en su mayor parte y yacen tiradas entre los montones de cadáveres y tierra escarbada, y gaviones despedazados, y sacos á tierra donde apoya su cabeza algun moribundo.

Todos los baluartes y cortinas presentan un aspecto desolador, acribillados, humeantes, ensangrentados y derrumbándose á las detonaciones que estremecian el fuerte y la ciudad.

Sigue el fuego como la cólera de Dios, ya no queda mas que una sola pieza de batalla, que al dispararse crujen sus ruedas sobre los cuerpos inertes de aquellos hombres que poco antes la habian hecho jugar sobre el campo frances.

Los ingenieros se precipitan desesperados en aquellos momentos de tribulacion espantosa, y arrojan sobre el recinto multitud de sacos á tierra para defender el último cañon del reducto.

El enemigo observa este arrojado movimiento y dirige su mira á aquel punto, admirado de tanto valor y audacia.

Una bomba cae sobre aquel grupo, rueda humeante ardiendo su espoleta hasta detenerse entre las ruedas de aquella última pieza, y---- hace su terrible esplosion!---- vuela el mástil y las cureñas, el cañon se desploma, y todo queda envuelto en una densa nube de humo y de polvo.

Al disiparse aquella sombra, se dejó ver el cuadro magnífico de la heroicidad humana.

Ingenieros y zapadores estaban arrojados sobre los cadáveres de sus compañeros, palpitándoles aún las abiertas heridas por donde á borbotones salía la sangre humeante.

Ramiro sostenía al bravo Platon Sanchez, que yacía desmayado y con una herida abierta en la cabeza; Sanchez Ochoa veía entre la calada visera de su kepi y con las lágrimas del sentimiento y del corage, aquella hecatombe espantosa.

La bandera nacional cubría con su sombra á las heroicas víctimas de la patria.

Oyóse de repente un ruido espantoso como el de un torrente que arrastra en su pos las rocas de la montaña: era la Penitenciaría que se derrumbaba, cubriendo con sus escombros cadáveres, y cañones despedazados, y hombres, como desaparece un pueblo bajo la ceniza de los volcanes.

Un soldado de Guanajuato salta de los escombros con el arma hecha pedazos, y grita con voz terrible:

—*Cabo cuarto! no tengo puesto, el enemigo me ha desalojado!*

## V.

Platon Sanchez vuelve de su desmayo, le vendan la herida y se resiste á abandonar el fuerte.

El general Garcia insiste en la defensa y trae otra batería de batalla; aquello no tenia nombre, era el esfuerzo sobrehumano de un pueblo ántes de entregarse prisionero en manos de su enemigo.

Una batería de batalla para resistir ochenta cañones!

Aquel espectáculo arrancó un grito de entusiasmo, alarido del corazon en aquella crisis de muerte y desolacion!

Llegan tropas de refresco y el combate sigue con mas empeño.

Una granada cae en la paralela francesa, y el comandante

general de artillería Bernay de L'Aumière, cae muerto con el grupo de sus oficiales, y herido La Tour D'Auvergne.

Un grito de rabia se exhala del campo enemigo, las baterías converjen hácia el baluarte, y en breves instantes las seis piezas son desmontadas y envueltas en los escombros.

Ya no queda esperanza, el fuego es incesante, el fuerte está arrasado; y el asalto debe verificarse en aquellos momentos; pero el enemigo desconfía de su victoria, sabe que en el interior de la Penitenciaría y sobre aquellas piedras, lo aguardarán á la bayoneta.

Suspéndese por unos momentos el fuego, y los defensores del fuerte creen llegado el momento.

Mas de mil cadáveres llenan las esplanadas, la jornada se habia prolongado sangrienta y terrible; pero no llegaria al fin sin que tanto heroismo fuese premiado por *Aquel* que en el azote de sus iras, recoge, sin embargo, en su seno, el amargo llanto de la aficcion humana.

## VI.

El fuerte está arrasado; pero el enemigo lanza sus fuegos sobre el primer muro de la Penitenciaría, le inquietan aquellas paredes, sospecha que tras ellas encontrará la muerte, y su artillería las rompe y las desgrana.

La reedificacion era imposible en aquellos momentos, sobre los escombros debia librarse una batalla.

Las infanterías de Guanajuato penetran en la derruida plaza, Negrete llega con las reservas.

Los fuegos á metralla de la Plaza de Toros, redientes de Morelos y convento del Carmen, se cruzan con éxito sobre el enemigo.

Los fuegos de toda la línea francesa converjen sobre la Pe-

nitenciaría para apagar los fuegos de los infantes que salen sin cesar de entre aquellas ruinas.

El clarín de los zuavos suena, llamando al asalto.

Los cazadores de Vincennes y tropas de línea siguen la vanguardia de los soldados de brecha y aquella columna, protegida por sus cañones, se precipita sobre el fuerte.

El momento era terrible!

Los zuavos llegan á los fosos, descienden á las contra-escarpas; las bombas que se hallaban bajo el césped, hacen explosion, y los atrevidos soldados de la Francia, vuelan en pedazos, y la vanguardia de la columna desaparece.

Aquella masa retrocede acribillada; Smith, el valiente Smith, cuyo valor va hasta la temeridad, se lanza con los cuerpos de Guanajuato fuera de parapetos, lo siguen las infanterías de Rieseco y un batallon de Puebla, al mando del coronel Juan Ramirez, y apoyados por el flanco izquierdo del fuerte, por los denodados cuerpos de rifleros de San Luis, con Salazar y Hernandez á la cabeza, y por Auza al mando del 3.º, 4.º y 5.º de Zacatecas, se precipitan en la llanura á la bayoneta, y arrojan por completo al enemigo y lo arrojan mas allá del *glacis* del fuerte, dejando un reguero de cadáveres hasta los bordes del camino cubierto, frente á la tercera paralela.

El campo quedó en silencio.

Así terminó aquella sangrienta jornada, página de oro en los anales del sitio; acaso hayamos olvidado algunos nombres y algunos hechos, pero la historia recogerá siempre con mas escrupulosidad que nosotros, las escenas gloriosas de esa epopeya.

## CAPÍTULO V.

De como el alma de una muger tiene mucho del espíritu de un ángel.

### I.

El estudiante sacó á doña Blanca de la Penitenciaría, donde el riesgo era inminente, y delirante y perdida la condujo á la casa del Sr. Mons, llevóla á su aposento, donde la dejó para que entrase en calma.

Doña Blanca se arrojó en un sillón desesperada, su pensamiento, á fuerza de seguir girando en un mundo abstracto, se fué encarrilando y acabó por recobrar su curso ordinario.

La infeliz jóven echó de ver el desórden de sus vestidos, sintió su cabello azotar su frente, volvió su faz hácia el espejo, contempló su rostro y se estremeció al ver la impresion profunda, la variacion espantosa que habia sufrido en tan pocas horas.

Levantóse azorada como si dejase la sepultura y volviese de aquel silencio á la luz de la existencia, temió sériamente por su razon exaltada, y al pensar que podia perder el juicio en uno de aquellos terribles accesos, se estremeció de espanto.

Cuando el alma está en esas crisis de amargura en que el vértigo y una alucinación dolorosa puede causar hasta la muerte, entonces se busca un corazón que armonice con nuestra angustia, que nos auxilie en los instantes supremos de aflicción y nos preste el rocío de sus lágrimas y aliento vital de sus palpitaciones.

Doña Blanca estaba sola, veía en su torno á seres á quienes habia ofendido y de quienes no podia alcanzar sino el perdón.

Sintió necesidad de llorar, porque el torrente de sus lágrimas la ahogaba, y su pecho no alcanzaba la respiración.

Dirigióse á la puerta, se puso á escuchar y percibió que el estudiante se paseaba por los corredores, entonces avanzó algunos pasos y habló á Mondoñedo.

El estudiante, á quien siempre impresionaba el timbre de aquel acento, se volvió inmediatamente.

—Qué me quereis, señora?

—Os suplico que me llameis á Eloisa, decidla que la necesito.

—Está bien, replicó Mondoñedo. Y se dirigió inmediatamente á la estancia de la señorita Mons.

Eloisa no habia hecho saber á doña Blanca que poseia su secreto, guardó en el fondo de su alma el terrible desengaño, y veló bajo una apacible sonrisa la amarga hiel de sus infortunios.

La pobre Eloisa habia despedido sus ilusiones, como el invierno con sus cierzos á las golondrinas.

De aquel amor no quedaba ya mas que un recuerdo vago, la sombra de una memoria que se iba desvaneciendo como las neblinas á los rayos del sol.

Habia amado con pasión; pero al recordar los horribles crímenes confesados por el mismo labio del conde, se habia horrorizado, y por instinto separado de aquella alma siniestra suspendida en el abismo sin fondo de la desgracia.

La jóven, cuyo candor y virtud no podian contagiarse con la

ponzoña de un aliento envenenado, se plegaban como las hojas de la sensitiva, y huyeron al contacto impuro de aquel corazón ennegrecido por el extravío y el crimen.

El alma de la jóven se alzaba digna, heroica, condenando su amor, despedazando sus creencias, anatematizando su *ayer*, y evocando sublime el porvenir en medio de su martirio.

¡Cuántos sufrimientos, cuantas angustias traía consigo esa resolución arrancada al mas terrible de los destinos!

Sufrir, llorar, revolverse en el lecho espantoso del tormento, he aquí la predestinación humana!

La filosofía acude cuando el dolor se ha mitigado; pero ella no hace sino presentarnos desnudas las miserias de la vida, paralizar los latidos del corazón, apagar los relámpagos del cerebro, que son las ilusiones de la existencia; entonces el alma alza los ojos al cielo en pos de ese mundo que se agita allende el azulado cristal de los cielos, y llama á Dios con la exhalación de su espíritu y con el vapor ardiente de sus lágrimas!

## II.

La señorita Mons penetró indecisa en la estancia de doña Blanca, la vió tan abatida y profundamente desconsolada, que se acercó, y tomándole una mano, la dijo con ternura:

—Qué teneis, amiga mia?

—Eloisa, yo me muero!

—Contadme vuestras penas, hace algunos dias que me ha sido imposible el veros; perdonadme, pero á mi vez he sufrido algo con un negocio de familia, que no he podido ni aun revelaros mis padecimientos.

—Vos sufrís tambien?

—Tambien, amiga mia, respondió la señorita Mons con una expresión de concentrada amargura.

—Sois un ángel, Eloisa, en vuestra frente aun no pasan los huracanes de la desdicha, vuestro labio no se ha puesto trémulo con el llanto, ni vuestros ojos se han enturbiado con ese jugo amargo de los infortunios.

—Es verdad, pero mi corazón está lacerado y acaso para siempre.

—No, no desconfieis, dijo doña Blanca, vuestro espíritu se alzará radiante como el sol después de la tempestad, tornarán al campo de vuestras ilusiones las flores de una nueva primavera, y el perfume siempre constante sobre el corazón virgen y lleno de virtudes, embalsamará las serenas horas de vuestra existencia.

—He perdido la esperanza.

—Pronto la recobraréis, vos no habéis nacido para la desgracia; mi sér, Eloisa Mons, está predestinado para las grandes vicisitudes.

—No os comprendo, Amalia.

—Oidme, yo tengo un gran secreto que revelaros, y... vos no me negareis el perdón.

—Es singular vuestro lenguaje, amiga mía.

—No lo será cuando sepáis todo el mal que os he hecho.

—Todo el mal?

—Sí, yo os he ofendido sin conoceros, y después resbaló mi planta por el mismo camino.

—No os comprendo, Amalia, habládme con más claridad.

Doña Blanca se acercó á la jóven, tomó entre las suyas la mano de Eloisa, y dijo con un timbre de dolor espantoso:

—Pertenezco á una de las más nobles familias de España, y en mis venas corre su sangre; soy hija de Carlos Isidro de Borbon.

Eloisa ya sabía el secreto de doña Blanca, pero la actitud de la condesa la interesó vivamente y se quedó mirando de hito en hito á la Montemolin.

—Hija bastarda de un rey, prosiguió la jóven sacudiendo su

frente donde se marcaban los tintes del rubor, no he temblado ante la más árdua de las empresas; en los campos de América debo encontrar mi legitimidad, y acudo á ellos con la fé del que lucha por una causa sagrada.

—Y bien, señora? preguntó Eloisa.

—Mañana puedo pisar los escaños de un trono; pero mi planta resbalará con la sangre de los mexicanos... esto es terrible para el corazón que rechaza por instinto el crimen; pero no he sido yo, señora, ni mi familia, los autores de este proyecto; á la sombra de una bandera buscamos lo que nos dió la conquista en otro siglo. Don Juan de Borbon es el candidato para la monarquía, y yo oigo su nombre entre ese fuego continuo que como una tormenta se ha estacionado en el cielo de la ciudad; he aquí, señora, el secreto de mi ambición.

—Yo nada sé, señora, dijo Eloisa, pero lo que pasa me tiene horrorizada.

—Yo tengo, repuso doña Blanca, que cerrar mis ojos y llevar mis manos á los oídos, pues el lamento de las víctimas me estremece y acobarda; Dios acaso me pone delante el precio de mis aspiraciones, para que retroceda y maldiga la idea que arrastra en su pos un torrente de sangre y una larga série de cadáveres que vuelven hácia mí sus miradas torvas y sombrías pidiéndome cuenta de su martirio. Sí, Eloisa, yo tiemblo ante un espectáculo tan terrible, y deseara atravesar con las alas del ave esa inmensidad y posarme en las playas natales, de donde pluguiera á Dios no hubiera salido nunca!

La condesa se echó á llorar con desesperación.

—Calmaos, señora, dijo Eloisa, calmaos en nombre del cielo.

—He aquí, prosiguió doña Blanca, el lado risueño de mi existencia, he aquí el jardín encantado de mis esperanzas!

Había tanta amargura en ese sarcasmo, que Eloisa se estremeció.

—Eloisa, vais á saber ahora el eslabon acerado que une nuestras almas al traves del silencio.

—Ya os escucho, señora.

—En el camino de mi existencia, prosiguió la aventurera, encontré á un hombre de quien oí el relato de su vida. Elevado al romanticismo, mi cerebro se forjó un héroe, y cuando lo conocí, me arrastró hácia él la imaginación mas bien que un rasgo de simpatía.

Eloisa comenzó á ponerse densamente lívida y su labio á temblar como si estuviese próximo á estallar su llanto.

—Le ví en medio del Océano, bajo la bóveda estrellada de los cielos oí su acento, que entonaba un cántico marino saludando las olas que azotaban los costados del buque; lo ví alzarse sobre el cristal de las aguas dominando con su actitud desdeñosa el peligro, y sentí que le amaba.

La señorita Mons inclinó su frente y comenzó á llorar en silencio.

—Ese hombre, continuó la condesa, me engañó como un miserable.

—Todo, todo lo sé, dijo balbuciente Eloisa.

—Sí, continuó la condesa levantándose terrible, me creía una mujer del pueblo, y cambié mis amores por los vuestros; ese hombre ha encadenado la fortuna, el ángel acudía á su llamado, porque vos también le amais, no es verdad?

—Señora, yo desprecio al conde, sus manos están empapadas en sangre, su corazón está manchado, y mi amor se ha tornado en arrepentimiento, en arrepentimiento profundo.... lo he olvidado para siempre!

—Eloisa, gritó la condesa, vuestra virtud me humilla, miradme á vuestros piés arrodillada!

—Alzad, señora, en mí encontrareis siempre á la amiga.

—Yo necesito que me tendais vuestra mano, que enjugueis este llanto de desolación que va secando el tallo de mi vida, que tengais compasión de mi juventud!

—Sin conoceros os había perdonado, y cuando he sabido los extravíos espantosos de ese hombre, que en mala hora dirigió

hácia mí sus miradas, os he compadecido, porque ese corazón depravado nunca se hubiera puesto á la altura de vuestro amor.

—Es verdad, es verdad!

—Quien ha derramado la sangre por satisfacer una ambición innoble, una aspiración monstruosa, desdeñaría el cariño sublime de una mujer, porque á esas almas encenegadas en el vicio las inquieta todo lo bueno y generoso, no comprenden sino esos sentimientos groseros que los lanzan al vértigo del mundo entre el aplauso de la sociedad.

—Sí, sí, yo también me he sentido arrebatar por esa corriente impetuosa: he cedido á la influencia magnética de ese hombre.

—Dios me ha apartado de la senda fatal en los momentos en que mi porvenir iba á decidirse; Dios no lo ha querido, señora, y yo vuelvo á la calma de mis primeros días; vuelvo desgraciada, es verdad, pero viviré tranquila, y mis lágrimas se orearán con el vuelo del tiempo.

—Vuestro porvenir es claro como la luz del horizonte, mientras que el mío se envuelve en una noche sin término.

—Aun es tiempo, señora.

—Yo no puedo retroceder, ya estoy lanzada en la pendiente de este abismo, y caigo, caigo irremisiblemente, ese es mi destino y yo obedezco!

—Abjurad de vuestras ambiciones, renunciad á vuestras esperanzas, y la calma renacerá en vuestro corazón; vuestra alma os abandona, cede al sentimiento de vuestro ser, y acabareis por enfermar vuestro espíritu en esa lucha terrible.

—Sí, Eloisa, yo me siento desfallecer ante la razón, entrar en el mundo del extravío y de la muerte!

—Callad, callad por compasión!

—Mis vigiliass se prolongan, el sueño ha huido de mis párpados, y las visiones acuden á mi cerebro; las veo, las palpo, les hablo, y responden, y mi voz me despierta de esa alucinación mental que tanto me asusta y horroriza.

—Entrad en calma.

—Esta agitación mortal acabará por volverme loco: mis nervios desfallecen, mi aliento mengua, y me siento languidecer y ---- morir!

—Esto es superior á mis fuerzas, murmuró Eloisa.

—Hoy habrá un fantasma de menos en mis sueños: antes os veía llegar á pedirme cuenta de vuestro amor burlado.

—Sí, yo os perdono con todo mi corazón, quiero ser vuestra hermana, no separarme de vos un solo instante, ampararos en vuestra soledad; sí, doña Blanca, de hoy mas viviré en vuestra estancia, y ya no os acosarán esas pesadillas que tanto os impresionan, porque me tendreis á vuestro lado; cuando sufráis esos accesos de aflicción, entonces oraremos, sí, oraremos para que Dios se duela de vuestras angustias.

—Orar! ---- orar! ---- la elevación del espíritu á su Creador, sí, yo lo necesito como el rocío del alma, como el respiro á mi corazón apesadado, porque sufro intensamente, Eloisa, no tengo un solo momento de calma. En este mismo instante, en que tanto bien me habeis hecho, siento el corazón aprisionado bajo el peso de mis memorias y de mi situación: comienzo ya á tener miedo, todo me causa pavor, mi sombra me hace estremecer, el silencio me acobarda, y ese continuo estallido de los proyectiles que caen sobre la plaza me hace temblar ---- Yo no sabía lo terrible de la guerra, no comprendía sus formidables estragos, y un azoramiento nervioso ataca desapiadado todo mi ser ---- ya, ya comienzan á llegar los fantasmas ensangrentados ---- se acercan ---- me miran ---- me tocan ---- compasión! ----

—No es nada, amiga mía, es vuestra imaginación solamente.

—No, es la realidad, ellos me hablan, me preguntan por sus padres ---- por sus hijos ---- por sus esposas ---- No, yo no quiero veros, nada hay de común entre nosotros, vuestra sangre me horroriza ---- huid ---- huid ---- ese eco de la artillería

ría me alarma, me revienta el tímpano de los oídos ---- el humo de la pólvora me ahoga ---- yo muero! ----

Doña Blanca se desplomó en el suelo dando un alarido horrible.

### III.

El estudiante Mondoñedo escuchó el grito terrible de la condesa y acudió violentamente.

La señorita Mons atendía á la desgraciada jóven, que fuera de sentido habia entrado en un desmayo.

—Qué pasa, señorita?

—Callad, Mondoñedo, estoy horrorizada.

El estudiante salpicó con agua el rostro de doña Blanca.

—Ya vuelve, dijo Eloisa.

La condesa levantó su cabeza y buscó la mirada de Eloisa.

—Aquí estoy, dijo la señorita Mons, volved en vos, estais entre vuestros amigos, nada temais.

—He tenido una pesadilla espantosa.

—Todo ha pasado ya.

—No os separeis de mí, por compasión!

—Ya os he dicho que desde este momento quedo instalada aquí.

—Gracias, Eloisa, sois un ángel.

—Señora, dijo el estudiante, descansad, el sueño puede aliviarnos algun tanto, adios!

—Adios! murmuró la condesa.

Eloisa tendió su mano al estudiante, que la estrechó suavemente, y salió del aposento impresionado con aquel espectáculo.

—El sueño huye de mis párpados, habládme, vuestra voz es el acento de los serafines, dijo la Montemolin.

—Venid, dijo Eloisa, aquí hay una imagen, hablemos con ella.